DOMINGO XXX TIEMPO ORDINARIO

El Maestro de la ley que se acerca a Jesús para preguntarle no busca la verdad; sino sólo ponerlo a prueba. Sin embargo, hace una pregunta decisiva que nos interesa a todos. Porque el mandamiento principal es aquel que debe cumplir todo hombre. Podemos decir que es la tarea inexcusable del hombre. Por eso dice san Juan de la Cruz que en el atardecer de nuestra vida seremos examinados sobre el amor.

El fariseo se interroga por lo fundamental de la vida de una persona y la respuesta de Jesús es clara: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». De hecho, la respuesta no podía sorprender al auditorio, porque los fariseos conocían bien ese mandamiento. Tenían la información, pero quizá no sabían cómo practicarla. Por eso, y aunque no se lo preguntan, Jesús añade: «El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Al añadir el segundo mandamiento, Jesús impide que el primero sea reducido ideológicamente. Porque es muy fácil amar a Dios de forma abstracta. Pero la prueba de que amamos a Dios es que ejercemos la caridad con los que tenemos cerca. San Agustín se refirió a estos dos mandamientos como las dos alas sin las cuales al hombre le es imposible elevarse. Y añadía: «No te quedes con un ala; pues si crees tener una sola ala, no tienes ninguna». Ese era el error de los fariseos y podría ser el nuestro.

Hay dos peligros. Uno consiste en una filantropía que prescinda de Dios. De ella se siguen grandes errores porque, a veces, en nombre de un supuesto amor hacia la humanidad, se cometen aberraciones. Dios es amor y es la medida de todo amor. Sólo con Él aprendemos a amar ordenadamente a las personas. Por eso históricamente el cristianismo ha iluminado a los hombres sobre la dignidad de la persona y nos ha enseñado el respeto a todos, con independencia de su origen o condición. La misma idea de persona aparece con el cristianismo. Culturas tan evolucionadas como la romana o la griega desconocían el valor intrínseco de la persona y eso era porque no sabían que Dios es amor. Cuando hoy se vuelve a formas culturalmente desarraigadas, como el aborto o la eutanasia, es porque se ha producido un eclipse del amor de Dios.

El otro error es creer que puedo amar a Dios y desentenderme de los hombres. Ya lo dice san Juan: «Si no amas a tu hermano, a quien ves, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves?». En la primera lectura, adaptada a la experiencia de Israel, Dios impone algunas normas de respeto a los demás basadas en que Él ha tenido misericordia de su pueblo. Esa verdad queda confirmada y profundizada en Jesucristo, en quien se nos ha manifestado la plenitud del amor de Dios. La vida cristiana conlleva configurarse con el corazón de Jesucristo y amar a los hombres como Él los ama.

Por ello en nuestra oración debe ocupar un lugar importante la contemplación del amor que Dios nos tiene, auténtica escuela en la que nosotros aprendemos a amar. Ya lo decía santa Teresa de Jesús: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama». Experimentando el amor de Dios, aprendemos nosotros a amar.

Pidamos a María Santísima que nos enseñe a descubrir esta verdad en nuestras vidas.